

Introducción

A pesar de las numerosas aportaciones que durante los últimos años se han sucedido, en el caso de la historia política española es mucho lo que queda por hacer. Los tres siglos de la Edad Moderna, hasta hace poco descritos por una historiografía en gran medida obsoleta, presentan infinidad de oportunidades para la realización de nuevos trabajos.

El inicio de la Edad Moderna en Europa se caracteriza en el plano político por un progresivo afianzamiento de los grandes Estados. Es un proceso lento y muy limitado en principio, al que solo algunos reinos como Portugal, Inglaterra y Francia, con cierta estabilidad territorial y homogeneidad política, logran incorporarse. Aún estos dos últimos deberán superar largos conflictos internos, principalmente de origen religioso, antes de convertirse en Estados modernos. Hay pueblos como el polaco o el ruso, carentes de fronteras naturales, que tardarán en hallar una estabilidad territorial. Otros, como los balcánicos, sometidos al poder otomano, deberán afrontar antes un proceso lejanamente parecido a la Reconquista ibérica. Los alemanes y los italianos, en cambio, no lograrán construir sus respectivos Estados hasta varios siglos después. Esto se debió en parte a la estabilidad alcanzada en esas regiones por las construcciones políticas de origen medieval, que perduraron sobreponiéndose a las dinámicas unificadoras.

El caso de la Monarquía hispánica es peculiar, pues bajo la misma cabeza se agrupó un conjunto de territorios tan extenso como heterogéneo. Esta agregación se produjo como resultado de vicisitudes históricas y no de un plan programado, que difícilmente hubiera podido crear un *imperio* más desestructurado.⁶ La casa

⁶ De este hecho nace el debate terminológico, aún no agotado, acerca de una realidad política a la cual la mayor parte de la historiografía anglosajona sigue definiendo como *imperio* pero que ha recibido también otros apelativos, quizá más acertados, como *Monarquía hispánica*, *Monarquía católica* o *Monarquía compuesta*. Esta última acepción se ciñe más a la realidad de los dominios europeos, pero ignora los ultramarinos. Del mismo modo, el término *imperio* no describe correctamente la estructura de poder de la Monarquía en Europa. Por eso, en el presente trabajo utilizaré la expresión *Monarquía hispánica* o tan solo *Monarquía* para referirme a esta construcción política. Del mismo modo, usaré el término *Flandes* para denominar a las provincias leales y los de *Países Bajos*, *Provincias Unidas* o *Provincias rebeldes* para hablar del conjunto de las siete provincias rebeldes contra la autoridad real. La utilización del término *Holanda* quedará reservada para las referencias a esa provincia en concreto.

de Austria, casual heredera de este complejo entramado, se convirtió así en la más poderosa de Europa. Su rama hispánica, a la que el emperador Carlos V quiso agregar los territorios de la antigua casa de Borgoña, quedó imbricada en el juego político centroeuropeo como nunca lo había estado.

La etapa del predominio español en Europa ha sido ampliamente estudiada. Sin lugar a duda, sus dos figuras más destacadas fueron el emperador Carlos V y su hijo Felipe II, los grandes protagonistas de la historia política continental en el siglo XVI. Ya entrados en la siguiente centuria, el influjo de la guerra de los Treinta Años atrae sobre sí la atención de la historiografía. Este conflicto, iniciado en 1618 y que para la Monarquía hispánica no acabaría hasta la firma del acuerdo de paz con Portugal en 1668, supuso para ella el fin de su preeminencia. Los años previos a su inicio, las dos primeras décadas del siglo XVII, son esenciales para entender qué procesos políticos concurren para que se gestase en Europa un enfrentamiento tan grave, cómo afrontó la Monarquía su recuperación tras la crisis de finales del siglo XVI y cómo se preparó ante la inminencia de esta guerra. Esos son los años del rey Felipe III.

A finales del siglo XVI la mayoría de los Estados europeos eran monarquías en las que el soberano, sin detentar aún un poder absoluto, podía utilizarlo dentro de unos márgenes de actuación razonablemente amplios. En una época en la que la mayoría de los intelectuales entendían el poder real como una delegación del de Dios, es lógico estudiar la evolución de este en cada Estado tomando como base los reinados, periodos en los que los dichos reyes ejercieron su autoridad y que quedaron necesariamente marcados por el carácter y particularidades de cada uno de ellos. Dichos periodos, prolongados en ocasiones, no resultan necesariamente uniformes. Cuando los monarcas alcanzaban el poder a edades tempranas, se hacía necesario un periodo de regencia. Con el paso de los años evolucionaban y maduraban, lo que se veía reflejado en sus políticas. Ejercer poderes tan amplios no era fácil y el peso de la responsabilidad podía convertir esta tarea en una carga pesada, lo que a veces era aprovechado por personajes cercanos al monarca, oportunistas más o menos bienintencionados, para ofrecerse a compartirla. Esta es una de las razones por las que existieron en Europa los validos, característicos de las primeras etapas del gobierno de sus monarcas respectivos y que a veces podían llegar a eclipsarlos. Pero sus carreras políticas no duraban por lo general tanto como la vida de los reyes a los que servían. Su ocaso llevó, la mayor parte de las veces, a un incremento de la autonomía política del rey y no a su sustitución por otro valido.

Tras el final del largo y personalista reinado de Felipe II, en 1598 le llegó el turno al único hijo varón que logró sobrevivirle: Felipe III. Este tenía entonces veinte

años; pocos atendiendo a su particular desarrollo intelectual y emocional.⁷ Expresiones simplistas y afortunadamente superadas como *Austrias menores* han servido para motejarlo, tanto a él como a sus sucesores. Su reinado suele verse como un periodo de transición, de reforma, de crisis, pero sin personalidad propia. Hay autores que, al estudiar la monarquía de los Austrias, le dedican algunas breves páginas o lo ignoran directamente, pasando de Felipe II a Felipe IV. No todos han obrado de igual manera, pero aún no hay una obra que, desde la perspectiva del poder, de la corte española en su conjunto y no de alguno de sus miembros, busque sentido a la acción de gobierno, en concreto en lo relativo a la política exterior. Los trabajos de Paul Allen, Antonio Ferós y Bernardo José García son referentes inevitables para el estudio de estos años, pero todos ellos ponen el énfasis en los sucesos del ámbito europeo, dejando en un segundo plano lo que sucedía en el imperio ultramarino, tan importante para la Monarquía. En conjunto, la imagen que la historiografía tradicional ha transmitido sobre este rey es bastante simplista y adolece de graves carencias, tanto de análisis como de enfoque, pudiendo afirmarse, como hace Ferós, que el suyo es un reinado «marginado» por la historiografía.⁸

La etapa de Felipe III aparece frecuentemente asociada al término *decadencia*, el que más ha contribuido a deformar y trivializar la historia de España.⁹ Otra expresión con la que suele caracterizarse esta época es la de *Pax hispánica*, que en mi opinión es poco más que un lema publicitario creado por el valido o sus

⁷ Así lo cree Alcalá-Zamora, quien afirma que, aunque el nuevo rey tenía cualidades, eran menos que las de su padre o su hijo (José Alcalá-Zamora y Queipo de Llano: «Iniciativa, desaciertos», p. 203). Es evidente que eran distintas y probablemente no inferiores en su conjunto, algo que ya señala Díaz Blanco, para quien la capacidad de gobierno de Felipe III fue «equiparable a la de su padre» (José Manuel Díaz Blanco: «El régimen de despacho», p. 90).

⁸ Prólogo a Luis María Linde: *Don Pedro Girón*, pp. 14-15.

⁹ Paul Kennedy culpa a Felipe III del fracaso de los Habsburgo, mientras que Fernández Álvarez y Tomás y Valiente comparan este reinado con el de Enrique IV de Castilla. Citados en Ildefonso Pulido Bueno: *Felipe III: cartas de gobierno*, p. 39. Serrano Martín habla de una notable pérdida de poder de España tras la muerte de Felipe II. Eliseo Serrano Martín: «La historiografía morisca», p. 314. Cervera sitúa el inicio de la decadencia, en su aspecto naval, en los años noventa y afirma que la batalla por el Atlántico estaba ya perdida y que «las victorias de las potencias protestantes nórdicas precipitaron la ruina del imperio». José Cervera Pery: «Agotamiento», p. 97. Chudoba sitúa en este reinado el inicio de la decadencia, si bien reconoce que durante el mismo la influencia española en Europa alcanzó su cénit. Bohdan Chudoba: *España y el Imperio*, pp. 149 y 153. Cano de Gardoqui, gran especialista en asuntos italianos, opina del reinado de Felipe III que «está íntimamente ligado con el comienzo patente de un declinar», en base a su política «forzadamente pacifista». José Luis Cano de Gardoqui: *Incorporación*, p. 5. Domínguez Ortiz acusa a Felipe III de «abulia inconsciente». Antonio Domínguez Ortiz: «Un presupuesto», p. 183. Pérez Bustamante dijo que «la crisis arranca de esos veinte años de paz que resultó estéril, ineficaz, baldía y, en muchas ocasiones, bochornosa». Ciriaco Pérez Bustamante: *Felipe III*, p. 115. Elliot afirma que su vida fue «tan intachable como poco provechosa» (John H. Elliot: *La España Imperial*, p. 391) y que no asumió las responsabilidades que le correspondían. John H. Elliot: *El conde-duque de Olivares*, p. 78. No cree, en cambio, que se pueda hablar de decadencia antes de los años cuarenta del siglo xvii (John H. Elliot: *La España Imperial*, pp. 389-436), algo que me parece mucho más razonable.

colaboradores,¹⁰ pues esta no fue en absoluto una época de paz, como veremos. El de Felipe III es un reinado breve (veintitrés años) en comparación con los de su predecesor y su sucesor (cuarenta y dos y cuarenta y cuatro años respectivamente). Su muerte, a la edad de cuarenta y dos años, llegó en el momento más crítico, con la guerra de los Treinta Años ya iniciada y la tregua con los Países Bajos a punto de expirar. Ha pasado a la historia con el apelativo de *el Piadoso*, que alude a sus virtudes como persona, no como rey.¹¹ La personalidad de este monarca ha quedado en la historiografía, hasta el día de hoy, reducida a unos cuantos tópicos muy repetidos. Las descripciones más corrientes lo definen como un rey medroso, apocado, falto de voluntad, de inteligencia mediocre, entreguista, débil, indolente y carente de iniciativa.¹² Lynch lo describe como «el rey más vago de la historia de España».¹³ En verdad asombra la completa carencia de estudios serios sobre la personalidad de este monarca. Sí existen en cambio sobre su valido, el duque de Lerma, presentado incluso en ocasiones como artífice y responsable del conjunto de las políticas del reinado, al menos mientras ejerció el valimiento.¹⁴ La historiografía no ha sido más benévola al analizar los resultados de las políticas aplicadas durante este periodo que con los autores de estas.¹⁵

¹⁰ Hernando Sánchez atribuye a Lerma el concepto, que otros apoyaron con entusiasmo y que trataba de revindicar la hegemonía política de la Monarquía, fruto de la cual llegaba una paz más o menos universal. Carlos J. Hernando Sánchez: «Non sufficit orbis? Las estrategias de la Monarquía de España», p. 57.

¹¹ Su sincera piedad, que también ha sido en ocasiones exagerada o puesta en duda, ha sido frecuentemente malinterpretada y asociada con su presunto pacifismo y las políticas conciliadoras de Lerma. Pero la personalidad de Felipe III parece estar en realidad mucho más cerca de un Fernando III de Castilla que de un Emérico de Hungría, ambos reyes canonizados. Este monarca, que peregrinó en dos ocasiones a Santiago, confió siempre en la ayuda de Dios tanto o más que en su actividad política para conseguir sus fines, que creía justos y buenos. Ofelia Rey Castelao: «La disputa del patronazgo», p. 243. Algunos autores actuales, pocos aún, señalan ya ciertas virtudes que como rey tuvo Felipe III. Robert A. Stradling: *Europa*, p. 97.

¹² José Cervera Pery: *La estrategia naval del imperio*, pp. 188-189.

¹³ Citado en Antonio Ferós Carrasco: *El duque de Lerma*, p. 20. Pero hay más. C. H. Haring lo define como «débil e indolente» (cit. en Alicia Mayer y Peer Schmidt: «De las insulas al reino de Nueva España», p. 683. Hay quien le hace culpable incluso de la derrota naval ante Piet Heyn, sucedida en 1628, siete años después de su fallecimiento. Juan A. Ortega y Medina: *El conflicto anglo-español*, p. 148. «Su reinado fue casi un festejo permanente», en palabras de Gorrochategui. Luis Gorrochategui Santos: *Contra armada*, p. 375. Los epítetos más comunes pueden rastrearse fácilmente hasta Ranke. Ernesto Schäfer: *El Consejo Real y Supremo de las Indias*, p. 177. Las descripciones de él que realizaron al poco de llegar al trono algunos embajadores siguen pesando aun hoy sobre su imagen. Bernardo J. García García: *La pax hispanica*, pp. 7 y 263.

¹⁴ Así lo creen diversos autores (Eliseo Serrano Martín: «La historiografía morisca», p. 314 y Luis María Linde: *Don Pedro Girón*, p. 55), mientras que otros dudan acerca de la verdadera influencia de Lerma en lo que respecta a las decisiones de política exterior. Paul C. Allen: *Felipe III*, p. 31. Según M. S. Sánchez, se suele dar tanta importancia a Lerma que se analiza al resto de actores en función de su relación con él, algo que estima erróneo, opinión que comparto. Magdalena S. Sánchez: *The empress, the queen*, pp. 3 y 176. Pulido reconoce la autoría del rey en las decisiones de gobierno «en mayor medida de lo que se suele suponer». Ildefonso Pulido Bueno: *Felipe III: cartas de gobierno*, p. 10. Para Stradling, este valimiento fue una delegación de autoridad y no una renuncia a la responsabilidad de reinar, idea que suscribo. Robert A. Stradling: *Europa*, p. 98.

¹⁵ Algunos autores han sido especialmente duros con los resultados de la política exterior de Felipe III, que Parker califica como una «serie de desastres» tras sentenciar que «la tregua de Amberes señaló el comienzo de una

Comparado con el de su padre, el gobierno de Felipe III fue más colegiado y la dedicación del monarca a la actividad política menor, porque era imposible que fuese mayor. Lo que no significa en absoluto que el rey abandonara esa actividad. De hecho, Linde defiende que Felipe III era un trabajador asiduo. Fueron su estilo y las circunstancias, y no sus ganas de gobernar, lo que más lo distinguió de su padre.¹⁶ Aquí reside quizá el principal problema historiográfico, que lastra la mayoría de los estudios realizados sobre este reinado. Es lógico intentar establecer comparaciones de cualquier tipo entre este periodo y otros, pero las especiales circunstancias que definen a cada uno de ellos, muy variables, restan mucha validez a esas comparaciones. Al analizar la política exterior de Felipe III es común hablar de giros estratégicos, de indefiniciones, de bandazos, de tendencias cambiantes; pero todo esto solo existe cuando se abre en exceso el objetivo; cuando se considera al reinado de Felipe III como los años que transcurren entre los reinados de Felipe II y Felipe IV;¹⁷ cuando se ignoran su personalidad propia, su especial contexto y dos hechos esenciales: que toda iniciativa que se tomase durante este periodo estaría lastrada por la situación económica que dejó en herencia el gestor anterior y que todo el esfuerzo, la actividad desplegada, los planes y preparativos, los sacrificios económicos y estratégicos asumidos durante la mayor parte del reinado, etcétera, se hicieron pensando en una fecha, un momento histórico determinado y verdaderamente decisivo, cuya gestión, por algo tan natural y a la vez tan inesperado como la muerte del rey, quedó en manos de su sucesor, ya que Felipe III falleció 9 días antes de que ese momento llegara.¹⁸

Para analizar la acción exterior de este reinado he creído necesario hacer primero un breve estudio que nos acerque a las claves ideológicas, políticas, religiosas

década de reveses, derrotas y humillaciones para el poder español fuera de la península». Geoffrey Parker: *España y la rebelión de Flandes*, pp. 256-257. Creo que un análisis detenido de esa década como el que aquí he tratado de hacer puede servir para matizar afirmaciones como estas. Otros autores hablan ya de relativo éxito. Domingo Centenero de Arce y Antonio Terrasa Lozano: «El sudeste asiático», p. 260.

¹⁶ Luis María Linde: *Don Pedro Girón*, p. 321. Ferrando cuestiona la supuesta inoperancia de este monarca. Roberto Ferrando Pérez: «Felipe III y la política», p. 539. Gobernó de un modo distinto; lo que no hizo nunca fue desentenderse. Ildefonso Pulido Bueno: *Felipe III: cartas de gobierno*, p. 37.

¹⁷ El problema es la total falta de estudios que indaguen en la personalidad propia de este reinado. A modo de ejemplo, en términos de gasto, el muy citado giro al Mediterráneo de Felipe III no existe: tan solo incrementos y descensos en los gastos del teatro atlántico, asociados a las dinámicas de este. I. A. A. Thompson: *Guerra y decadencia*, p. 377. Una mirada atenta a los hechos sucedidos aquellos años destruye con rapidez este mito. La mayoría de los autores actuales defienden en cambio su existencia y hay incluso quien lo atribuye en exclusiva a Roma, tras negar a la Corona la capacidad incluso de diseñar estrategia alguna. José Martínez Millán y María Antonieta Visceglia: «Nueva política con Roma», p. 185.

¹⁸ Precisamente el tándem formado por Felipe IV y Olivares fue el primero en señalar como «pacifista» y «entreguista» al gobierno anterior, a pesar de que su política exterior era objetivamente continuista, buscando capitalizar éxitos cuyas bases habían puesto otros. Ildefonso Pulido Bueno: *Felipe III: cartas de gobierno*, pp. 31 y 40 y Robert A. Stradling: *Europa*, p. 77. Este opina que los años de Felipe III son los de mayor admiración hacia España en Europa.

y económicas que definen este periodo concreto, siempre desde el punto de vista de la Monarquía hispánica. Tejeremos con estos hilos una tela en la que posteriormente trataremos de engarzar los hechos según los vayamos desgranando. Por último, observando el conjunto resultante, intentaremos extraer las conclusiones oportunas. El tema es amplio y el objetivo ambicioso. Este estudio no pretende, ni mucho menos, ser definitivo ni cerrar ningún debate, sino abrir otros nuevos, aportado una mirada diferente y diferenciadora a estos años decisivos, fascinantes y trascendentes, llenos de hechos notables de los que ahora se cumplen cuatro siglos.

En base al análisis de estos hechos, de los esfuerzos defensivos planeados y realizados, de las respuestas a las agresiones y de las consideraciones que motivaban en cada caso esas respuestas, se puede defender la existencia de una idea; de un planteamiento estratégico global. Suscribo plenamente las palabras de Allen cuando afirma que «aunque es imposible componer un cuadro completo de la Gran estrategia del reinado de Felipe III, podemos al menos intentar entender el sinnúmero de influencias, consideraciones, objetivos y recursos que el rey y sus ministros tenían que tener en cuenta a cada paso».¹⁹ Aunque no haya quedado reflejado tal cual en ningún documento de la época, honestamente creo que tuvo que existir. Creo que hubo planteamientos claros tanto en la mente de un monarca no tan despreocupado como frecuentemente se ha dicho por los asuntos de gobierno, como en las de sus más cercanos colaboradores en política exterior. Algunos de estos colaboradores, asiduos asistentes a los consejos y juntas, se enfrentaron día a día durante años a los problemas que ahora, en unas breves páginas, vamos a reseñar. La profesionalidad, eficacia y capacidad de trabajo de personajes como Juan de Idiáquez, Velada, Chinchón —veteranos todos ellos del gobierno de Felipe II—, el conde de Olivares, Fuentes o Baltasar de Zúñiga está fuera de toda duda. Todos los principales asuntos pasaron por sus manos y si bien los planteamientos de cada uno de ellos eran diferentes, cuesta creer que su febril actividad se redujese a una suerte de improvisación continuada y descoordinada, sin una concepción estratégica global que sirviese de referencia, sin una adecuada *hoja de ruta*, si se nos permite emplear una expresión tan al uso hoy en día, como a menudo se ha afirmado.²⁰

¹⁹ Paul C. Allen: *Felipe III*, p. 34. Elliot concedió también que probablemente la política exterior de Felipe III tenga más coherencia interna de lo que se pensaba. Cit. en Ildefonso Pulido Bueno: *Felipe III: cartas de gobierno*, p. 41. Otros autores, como Carter, niegan la existencia de planes coherentes a largo plazo e incluso la de formulaciones políticas de largo alcance que vayan más allá de meros deseos. Charles Howard Carter: *The secret diplomacy*, p. 42.

²⁰ En este sentido, Israel hace referencia a «la perspectiva global que domina las consideraciones de los ministros de Felipe III». Jonathon I. Israel: *La República Holandesa y el mundo hispánico*, p. 50.